

## DIEGO MEXIA

### Traducción de la Epístola XVII (Ovidio)

Dama de Sesto, el amador de Abido  
te envía la salud, que él más holgara  
llevar, si el mar se hubiera reprimido.

Si próspero algún dios se me mostrara,  
tu leyeras con ojos mal contentos  
las excusas que en ésta te enviara.

Mas ningún Dios ayuda a mis intentos,  
pues todos ellos son y han sido parte  
de alborotar las ondas y los vientos.

Los votos que voté por agradarte,  
hacen tardíos y en el vítreo suelo  
no me dexan correr a visitarte.

Tu misma ves más turbio y negro el cielo  
que la pez, y a Vulturno tan airado,  
que a la nave más firme da recelo.

Sólo un piloto y éste muy osado,  
sale de Abido a Sesto en este día,

con quien te escribo de dolor cercado.

No voy en su navío porque había  
(quando levó las anclas) todo Abido  
salido por le ver a la bahía.

Y porque nuestro amor fuera entendido  
de mis zelosos padres y parientes,  
quedé entre amor y miedo dividido.

Quando escribiendo estaba, con ardientes  
suspiros dixé: ¡ó carta venturosa!  
ve donde siempre van mis acidentes.

Ve, que ella te dará su mano hermosa,  
mano de nieve y grana matizada,  
mano, donde mi vida y ser reposa.

Y quizá con la boca azucarada,  
te tocará, por su marfil, queriendo  
cortar la cuerda con que vas atada.

Tales concetos entre mí diciendo,  
mi diestra en escribirte placentera  
fue en su escritura o carta prosiguiendo.

¡Ay triste y solo! ¡quánto más quisiera,  
que ella nadara a vista de su lumbre,  
y no que a lumbre agena te escribiera?

Fuérame mayor gloria y dulcedumbre,  
que por el mar, pues ya lo conocemos,  
me llevara, dó tiene de costumbre.

Mejor hiciera de mis brazos remos,  
y azotara ese piléago espantable,  
que no verse en la ausencia en que nos vemos.

Mas pues lo estorba el hado inexorable,  
secretaria será de mi tormento,  
y ministra de un pecho miserable.

Ya ha siete noche (y en mi pensamiento  
ha más de un año) que se ve oprimido  
el mar y brama con resaca y viento.

Si en todas siete noches he dormido  
tengan las ondas mi esperanza a raya,  
y estése el mar insano embravecido.

Sientóme en un peñasco de esta playa,  
y miro tu ribera y patrio suelo,  
y entristézcome en ver que allá no vaya.

Mas va que con el cuerpo estorba el cielo,  
a Sesto pase, el pensamiento corre,  
y lleva al alma, adonde estás, de un vuelo.

También en lo más alto de la torre,  
(si no es que se me antoja) he divisado  
la antorcha que me guía y me socorre.

Tres veces los vestidos he arrojado  
en la arena y, tres veces ya desnudo,  
el sabroso viaje he comenzado.

Mas el rabioso mar hinchado y crudo  
mi juvenil ardor quiebra y aplaca,  
aunque mudarme ni podrá ni pudo.

Comenzando a nadar, la fuerza flaca  
vencida de las ondas, quedé puesto  
en tierra con favor de la resaca.

Mas tu Boreas cruel, bravo, molesto,  
el menos manso de los vientos leves,  
y el más airado, insano y descompuesto:

¿Por qué tu rabia y cólera remueves  
contra mí? ¿Con qué licencia  
contra un amante, como tú, te atreves?

No empleas (si lo ignoras) tu violencia  
contra Neptuno ni sus ondas fieras,  
contra mí solo es toda tu potencia.

Si la fuerza de Amor no conocieras,  
si esclavo del amor no hubieras sido,  
Bóreas incontrastable, ¿qué hicieras?

Aunque eres frío, seco y desabrido,  
no negarás, cruel, que antiguamente  
del Ateniese ardor fuiste oprimido.

Si al robar a tu Oritia algún valiente  
te quisiera estorbar en tu jornada  
cerrándote el camino transparente:

¿Cómo sufrieras cosa tan pesada?  
¿Con qué moderación pena tan grande  
de tu rabia y rencor fuera llevada?

Ruégote, pues que tu crueldad se ablande,  
con más quietud y paz tu soplo envía,  
así cosas de amor tu Rey te mande.

Sin fruto ruego, en vano es mi porfía,  
pues con mis ruegos más el viento brama,  
y más conturba el mar y mi alegría.

¿Quién me diere las alas de la Fama?  
y oxalá las de Dédalo tuviera,  
para volar adonde está mi dama

Que aunque de Icaro el golfo y la ribera,  
(que cerca está) refrene al pensamiento,  
a trueque de verte, no lo temiera.

Cualquier linaje o suerte de tormento  
podré sufrir, con tal que me levante  
por la región del animoso viento.

Será mi cuerpo páxaro volante,  
aquel que ha sido por las aguas pece:  
que en todo se transforma el que es amante.

Más entretanto que de Bóreas crece  
la furia y los estímulos extraños,  
y el iracundo mar se ensoberbece:

Contemplo para el alivio de mis daños,  
de nuestros gustos la primera historia,

y aquel dulzor de mis primeros años.

Acuérdome (y deleita a mi memoria esta recordación) que anocheciendo aquella noche de mi luz y gloria:

En vivo fuego de tu amor ardiendo salí de casa y desnudeme apriesa, el miedo y los vestidos sacudiendo.

Rompió el amor la tímida represa, mis brazos por las ondas extendía por conseguir la venturosa empresa.

Yendo cortando el mar, la luna pía, por dar favor a mi demanda honrosa, me dio su luz e hizo compañía.

Y alzando el rostro dixe: ¡o blanca Diosa! dame favor, y que te acuerdes pido de la cumbre de Latmio venturosa.

Bien sé que Endimión, que es tu querido, quiere que tengas ese pecho abierto a la piedad, que agora te he pedido.

Muéstrame, pues, el rostro descubierto, dame la luz, que en Latmio demostrabas, hasta que llegue a mi esperado puerto.

Del cielo en busca de un mostal baxabas, (digamos la verdad pues gustas de ella) y por amor de un hombre te humillabas.

Más por quien nado el mar, es Diosa bella, si corto yo las ondas Neptuninas, es por una Deidad que es más que estrella.

Y por callar las santas y divinas costumbres tuyas vengo a su hermosura, que en breve pintaré si no te indinas.

Es tan perfecta, que en mortal criatura no cabe su beldad, y tanta alteza sólo conviene a Diosas de la altura.

Después de Venus y de tu grandeza, con su esplendor es toda luz vislumbre; si no me crees, contempla su belleza.

Quanto los astros de la eterna cumbre celeste de ventaja te conceden, cuando estás llena, con tu argentea lumbre:

Tanto los rayos de mi Ninfa exceden a las damas más bellas de la tierra, pues con sus sobras adornarse pueden.

Si de esto dudas, poca luz se encierra, Cintia, en tu vista; ciega te imagino, sino es que ya de envidia le das guerra.

Esto le dixe a aquel farol divino; y yo ganando tierra en la mar llena, las mismas ondas me hacían camino.

La agua serena, sesga, mansa y cana,  
 qual si fuera cristal repercutía  
 los soberanos rayos de Diana.

La noche con la luz resplandecía,  
 de suerte que su título perdiendo,  
 con propiedad se pudo llamar día.

Ninguna voz oí, ningún estruendo,  
 sino era aquel murmurio, aquel ruido,  
 que iban mis brazos al nadar haciendo.

De quando en quando me hirió el oído,  
 de solas las Alciones el canto,  
 por Ceice, su amantísimo marido.

Cansado me sentí de nadar tanto,  
 y sintiendo en los brazos pesadumbre,  
 con ánimo en las aguas me levanto.

Ví desde lejos en la excelsa cumbre,  
 de la torre tu luz, y con voz alta  
 dixes, mi fuego está en aquella lumbre.

Aquella torre con mi ardor se esmalta,  
 aquella playa, donde voy, contiene  
 la luz, que me alborozaba y sobresalta.

Luego a mis brazos tímidos les viene  
 tan grande esfuerzo, que un delfín me ha hecho,  
 el mar me ayuda, nada me detiene

Y porque el yelo del profundo lecho  
 no me pasmasa, me encendió el vendado  
 Dios con el fuego que sobró en mi pecho.

Quanto más cerca de la orilla nado,  
 quanto más la ribera me es cercana,  
 quanto menos me resta para el vado:

Tanto con más vigor mi cuerpo afana  
 vencer las aguas y las ansias mías,  
 por llegar a tu vista soberana.

Quando estuve en parage que me vias,  
 con sólo me mirar me diste aliento,  
 para poder nadar cuarenta días.

Entonces pues por darte algún contento,  
 hice nadando pruebas de valiente,  
 que amor dá industria, fuerza y ardimiento.

Cogiste la escalera prestamente  
 para baxar al mar, y apenas pudo  
 el ama reprimir esta corriente.

Vílo muy bien, que aunque anciano escudo  
 se te puso delante, tú rompiste  
 el flaco resistir del pecho ruído.

No te pudo estorbar que al fin saliste,  
 y en el agua primera que pisaste  
 tus celestiales pies humedeciste.

Salía yo del mar, cuando llegaste,  
y con abrazos y ósculos sabrosos  
al nadador besaste y abrazaste.

Besos fueron los tuyos tan gloriosos,  
que Júpiter por uno diera el cielo,  
y nadara mil golfos peligrosos.

Y quitaste del hombro un blanco velo,  
limpiaste mi cabeza rociada,  
y mi cuerpo cubriste por el yelo.

Lo demás que pasó, la noche amada,  
nosotros y la torre lo sabemos,  
y la luz que es farol de mi jornada.

Con más facilidad numeraremos  
las ovas que el estrecho de Heles lava,  
que nuestros gozos numerar podemos.

Quanto menos espacio se nos daba  
de Titón, las tinieblas ahuyentaba,  
tanto más en deleytes se ocupaba.

Ya la aurora dexando los amores  
de Titón, las tinieblas ahuyentaba,  
y el lucero mostró sus resplandores.

Quando sin orden, número, ni cuenta  
frutos de amor cogiendo, de la noche  
formamos queja, porque de irse intenta.

Y vá huyendo con su negro coche,  
y por tener la luz del claro día,  
quitaba al cielo tanta estrella y broche.

Y así forzado de la vocería  
de esa tu vieja (que estas son crueles)  
dexé la torre y vine al agua fría.

Aquí nos dividimos hechos hieles,  
tu te volviste luego a tu ventana,  
y yo a las ondas de la virgen Hele.

Echéme al agua, y como de tí mana  
toda mi gloria, mientras fuí en potencia  
de verte, ví tu vista soberana.

Y si se debe a la verdad creencia,  
creeme que yendo a tí, no hay en el mundo  
quien me iguale en nadar con excelencia.

Más quando vuelvo de te ver me hundo,  
y peso en cantidad tan excesiva,  
que parezco baxar hasta el profundo.

Esto me cree, pues en verdad estriba,  
que en yendo a tí, la mar me es cuesta abaxo,  
y en tornando, la mar me es cuesta arriba.

Rodeo, si vuelvo, si a ti voy, atajo,  
¿quién me podrá dar crédito en mi pena?  
¿que tenga el ir yo a Abido por trabajo?

Ved lo que puede amor y el mar ordena,

que estoy en mi ciudad y estoy forzado,  
qual si estuviera preso en tierra ajena.

¡Ay de mí triste! ¿Por qué el mar airado  
nuestros cuerpos divide y los destierra,  
si en una nuestras almas se han juntado?

Y si una voluntad sola se encierra  
en dos, ¿por qué ya el cielo no ha propuesto,  
que habitemos los dos en una tierra?

Para ir a Sesto siempre estoy despuerto,  
y tú lo estás para venir a Abido,  
a tí te agrada Abido, y a mí Sesto.

¿Por qué me turbo, y quedo confundido  
siempre que el mar se turba y se confunde,  
como si de él yo fuese procedido?

¿Qué razón puede haber en que se funde,  
que los vientos me estorben en mis fines,  
y que su fuerza en mi dolor redunde?

Ya saben nuestra historia los delfines,  
y duda ya a los peces no les queda  
de nuestro amor, y temen no te indines.

Ya tengo por el mar hecha vereda,  
el agua enseña mi trillada vía,  
como carrizo hecho de la rueda.

Yo me quejaba, porque no podía  
ir a gozar de tu glorioso gesto,  
sino nadando el mar y su agua fría:

Y agora me lamento, porque aun esto  
se me ha vedado, porque el viento aspira  
contrario, bravo, rígido y molesto.

El piélagos Atamántido se aíra  
hinchándose de canas y blancura,  
con sus soberbias ondas llenas de ira.

Es tanta su insolencia y desmesura,  
que apenas amarrada, o de otra suerte,  
hay nave, que en el puerto esté segura.

Yo entiendo que tan turbio, horrendo y fuerte  
el mar estaba, cuando la doncella  
prestándole su nombre, vio su muerte.

Aunque me dexé el mar seguir mi estrella,  
asaz tiene de infamia con su nombre  
por haber ahogado a Heles bella.

Envidia tengo, y con razón, al hombre  
que en rico Vellón pasó seguro  
por este mar y consiguió renombre.

Más ni la ayuda, ni el favor procuro  
de Vellón, ni de nave contra el Noto,  
con tal que nadar pueda el golfo puro.

Comó dexen las ondas que el devoto  
pecho las corte, el arte está segura;  
yo me seré la nave y el piloto.

Ni en mi navegación veré la altura  
de la Osa Mayor, Elice eterna,  
ni a la (que oserva el Tirio) Cinosura.

Que nuestro firme amor no se gobierna  
por estrellas ni sinos de la Zona,  
sino es por cierta luz de la alma interna.

Otros a quien el piléago abandona,  
a Andrómeda la Egicia consideren,  
y a la Gnosida estrella y su corona.

Tenga su firme confianza, esperen  
en la Osa Parrasia de continuo,  
y su setrentional lumbre veneren.

Que yo no quiero para mi camino  
por norte a las que amaron tiernamente,  
Baco, Perséo y Júpiter benino.

Tengo otra luz más cierta y excelente,  
con la qual no habrá noche, horror ni miedo,  
que a mi amor escurezcan con su frente.

Siendo esta luz mi norte nadar puedo  
a Colcos, que es lo último del orbe,  
pues a la nave de Tesalia excedo.

No habrá triste Caribdis que me estorbe,  
ni habrá Cila furiosa, que rabiando  
me trague y sorba, como a muchos sorbe.

Demás que puedo yo vencer nadando  
a Melicerta, y al que fué Dios hecho  
de cierta yerba, la virtud gustando.

Siento en mis brazos el vigor deshecho  
tal vez, y de nadar hecho pedazos,  
apenas ganar puedo un breve trecho.

Más en diciendo yo, nadad mis brazos,  
y os daré en galardón el premio hermoso  
de Ero, porque le deis cien mil abrazos.

En este instante por el premio honroso  
cobran esfuerzo, y fuerza tan entera,  
que nadaran el piélagos espacioso.

Como el caballo puesto en la carrera  
Eléa, que en correr excede al viento,  
y a otra cosa que fuese más ligera.

Yo, pues, como a mi estrella, miro atento  
tu bello rostro, cuyo ardor me inflama,  
y cuya vista es todo mi contento.

Sigo más tu beldad, ó bella dama,  
que a los Planetas, pues tu hermoso velo  
del cielo es dino, y de una eterna fama.

Dina eres cierto del sublime cielo;  
más ruego que tu pecho alabastrino  
viva por gusto mío acá en el suelo.



Y si quieres trocar por el divino  
asiento este mortal, dime primero  
por dónde vá a los cielos el camino.

De aquí procede mi tormento fiero,  
de que tan raras veces de tu gloria  
me otorgues la visión que tanto quiero.

De aquí nace también que mi memoria  
se turbe, cuando el mar en esta parte  
se turba, interrumpiendo nuestra historia.

¿Qué me aprovecha a mí que no se aparte  
de Sesto multitud de agua espantosa,  
sino un estrecho que la tierra parte:

Si la agua de este estrecho es poderosa  
para dañarme, como el golfo hinchado,  
dónde el inmenso Océano reposa?

Dudo si por ventura desterrado  
a lo último del orbe estar quisiera,  
teniendo allá mi pena y mi cuidado.

Que quando tan remoto allá me viera,  
el ver que estaba lejos mi esperanza,  
algún consuelo, algún solaz me diera.

Quanto más cerca tu esplendor me alcanza,  
tanto me abraso más con el objeto,  
y crece viendo el bien la confianza.

Y es lo que más confirma mi conceto,  
que pobre esté teniendo a vista el oro,  
y que tenga la causa y no el efeto.

Tan cerca tengo la que siempre adoro,  
que la toco y la prendo con la mano,  
y esta proximidad causa mi lloro.

¿Qué otra cosa es querer con el anciano  
Tántalo, asir la fruta que provoca  
al apetito, y trabajar en vano?

¿Y qué otro mal que con sedienta boca  
la agua buscar, que huye con presteza,  
cuando la lengua se la arrima y toca?

¿Luego no gozaré de tu belleza,  
sino queriendo el mar? pues su gobierno  
predomina en la fé de mi firmeza.

¿Ninguna tempestad, ningún invierno  
me ha de ver en tu torre y aposento,  
gozando de tu abrazo dulce y tierno?

Y no habiendo de menos fundamento  
cosa que el viento y el mar, el gusto mío  
está fundado sobre el mar y el viento.

Y si se impide en medio del estío,  
¿qué será en aquel tiempo que bramando  
el mar se muestre, y el invierno frío?

¿Cómo podré nadar el golfo, quando  
Las Pleyadas, Bootes y la Cabra  
Olenia estén al mundo amenazando?

Entonces pues te empeño mi palabra,  
que pienso ser tan loco y temerario,  
que aunque le pese al mar, le nade y abra.

Porque a pesar del viento mi contrario,  
en él me arrojará mi amor furioso,  
porque es mi ardor ardor extraordinario.

No pienses que prometo lo dudoso,  
ni porque está el invierno ausente, entiendas  
que me jato de bravo y animoso.

Que presto te daré bastantes prendas  
de esta firme palabra que te he dado,  
porque me quieras más, y más te enciendas.

Si se mostrare el mar alborotado  
por algún tiempo y sin bonanza alguna,  
iré a do estás a su pesar a nado.

Porque la muerte o me será importuna,  
o en salvo me porná mi atrevimiento,  
que al atrevido ayuda la fortuna.

Si muero, habré salido con mi intento,  
pues me echará a tu playa el mar insano,  
que yendo a tí, aunque muerto, iré contento.

Mis exequias harás con inhumano  
llanto, que en fin habrás de estremecerte,  
y no huirá de me tocar tu mano.

Verás en mí un efeto de amor fuerte,  
y dirás con dolor acerbo y fiero:  
Yo sola fuí la causa de esta muerte.

Si de mi mal suceso el triste agüero  
te ofende, y de esta breve carta mía  
aborreces el párrafo postrero:

Dexa de lamentar, el ruego envía,  
junto conmigo, al cielo omnipotente,  
porque amanse del mar la rebeldía.

No pido que esté manso eternamente,  
sino es en espacio que gobierno  
mis brazos por el húmido tridente.

Llegando ahí, conjúrese el infierno,  
conturbe al mar y todo su partido;  
nunca se acabe el peligroso invierno.

Mi puerto está dó estás, bien merecido  
a mi nave, la cual no halla puerto  
mejor que Sesto, cuando allí ha surgido.

Téngame allí recluso y encubierto  
Bóreas, donde mi cuerpo esté glorioso,  
donde mi premio esté seguro y cierto.

Seré a nadar entonces perezoso,  
seré sabio, sagaz en las tormentas,  
seré cauto, prudente y temeroso.

No infamaré las ondas con afrenta,  
ni me querellaré, que hay embarazos  
para nadar las aguas turbulentas.

Los bravos vientos, y los tiernos brazos  
me impidan, como tienen de costumbre,  
haya dos causas, huracán y abrazos.

Quando aplacare el mar su pesadumbre,  
mis brazos fuertes le daré por remos;  
tú cada noche encenderás la lumbre.

Y entre tanto que el tiempo amado vemos,  
con este papel habla que es mi amigo,  
y él sabe los secretos que sabemos.

Todo lo lee, acuéstale contigo,  
y advierte bien las cosas que dixere,  
y entiende que tras él sus pasos sigo  
Con la menor tardanza que pudiere.

## DIEGO MEXIA

### Traducción de la Epístola XVIII (Ovidio)

Para que la salud que me enviaste  
de palabras, con obras yo posea,  
¡O dulce bien! que el alma me robaste,

Ven, nada el mar y ponte dó te vea  
aquella que con sola tu esperanza  
se alienta, alegre, vive y se recrea.

Qualquier pequeño espacio de tardanza,  
que en mi contento y gusto se atraviesa,  
tiene de eternidad la semejanza.

Perdona a quien su culpa te confiesa,  
que estoy de puro amor tan impaciente,  
que amo con impaciencia y hablo opresa.

Un fuego igual nos quema, y no igualmente,  
por ser de tí mis fuerzas desiguales,  
que en fin siempre el varón es más valiente.

Y así como los Dioses inmortales  
dieron cuerpo más tierno a las mugeres,  
así más sienten del amor los males.

Yo desfalleceré si no vinieres,  
y si tu ausencia fueres alargando,

abreviarás mi vida y mis placeres.

Vosotros, ya las fieras acosando,  
ya labrando jardines y heredades,  
la tardanza del tiempo vais pasando.

O con los tratos que hay en las Ciudades.  
en la audiencia, en la plaza, dó se muestra  
variedad de diversas variedades.

También os ocupáis en la palestra,  
luchando, por llevar premios honrosos,  
de más destreza o más valiente diestra.

O reprimis los cursos presurosos,  
con los frenos, bridones y ginetes  
de los fuertes caballos animosos.

O cazáis aves, o buscáis saynetes  
de engañar a los peces con anzuelo,  
o entreteneis el tiempo con banquetes.

Más yo, a quien ha privado el sacro cielo  
de estos deportes, ¿qué haré en mi llanto?  
si no es amar, no tengo otro consuelo.

Eso que puedo, hago, y amo tanto,  
tanto te quiero, tanto el alma te ama  
que es imposible encarecerte quanto.

Otras veces platico con el ama,  
que tengo por custodia en mi aposento,  
de este amoroso incendio que me inflama.

Y allá en mi combatido pensamiento  
me suspendo y admiro, contemplando  
la causa de tu gran detenimiento.

O viendo al turbio piélagos bramando  
por la fuerza del viento, le maldigo,  
tus maldiciones mismas usurpando.

O en el tiempo que el mar se muestra amigo,  
me quejo que no quieres, pues pudiendo  
venir, no vienes donde está tu abrigo.

Y en tanto que me quejo, van saliendo  
lágrimas de estos ojos, tus amantes,  
que al sordo viento están enterneciendo.

Las cuales por salir tan abundantes,  
recoge mi nutriz y compañera  
en sus manos decrepitas temblantes.

A menudo visito la ribera,  
por ver si en ella algunos pasos veo  
de planta tuya, en me dexar ligera.

Gentil locura, inmenso devaneo,  
como si se pudiese en el arena  
la huella conservar que yo deseo.

Muchas veces amor también ordena,  
que, o por saber de tí qual de perdido,  
o para te escribir toda mi pena;

Procure de inquirir si parte a Abido

alguna nave de mi patrio Sesto,  
o si de Abido a Sesto haya venido.

¿Para qué contaré, pues te es molesto,  
los versos dulces y amorosas quejas  
que doy a los vestidos que te has puesto?

Los cuales cuando partes y te alejas  
de mi y te vuelves, en la playa fría  
del Helesponto suspirando dexas.

Con esto paso el término del día,  
y después que la amiga noche viene  
cerrando al sol y abriendo mi alegría:

Después que el velo oscuro que contiene,  
despliega sobre el orbe, y nos enseña  
la mucha luz que en sus estrellas tiene:

Luego las dos ponemos (yo y mi dueña)  
en la torre la lumbre vigilante,  
de tu camino conocida seña.

Y en tanto que esperamos nuestro amante,  
la rueca ejercitamos como es uso;  
que es nuestro y propio oficio semejante.

Por no tener el ánimo confuso,  
hilo, y el alma piensa en tu retrato  
las horas engañando con el huso.

Y si preguntas de quién hablo y trato,  
mientras espero de te ver presente,  
respondo que de tí como de ingrato.

La lengua dice lo que está en la mente,  
y así repite, porque más me quadre.  
el nombre de Leandro solamente.

¿Dime (le digo al ama) ¡o dulce madre!  
si habrá mi sol su casa ya dexado,  
o tiene miedo de su madre y padre?

¿Piensas si ya mi luz se ha desnudado?  
¿Entiendes si sus carnes delicadas  
habrá con el licor Paladio untado?

A mis preguntas de ella mal notadas  
me responde de sí con la cabeza,  
que con el sueño dá de cabezadas.

Después de haber hilado una gran pieza,  
vuelvo a decir: amiga, entiendo cierto,  
que mi Leandro a navegar empieza.

Ya entiendo que en el mar dudoso, incierto,  
sus brazos tiende, y a este golfo loco  
divide y corta, y viene a nuestro puerto.

A hilar vuelvo, y hilo poco a poco,  
tanto, que absorto en tí mi pensamiento,  
mil veces con el uso el suelo toco.

Y tornando del éxtasi, al momento,  
digo: ¿si a la mitad de esta agua cana,  
mi bien habrá llegado en salvamento?

Unas veces me pongo a la ventana,  
por ver si vienes, y otras veces pido,  
que el cielo te dé esfuerzo y la mar llana.

De quando en quando, con atento oído  
escucho si oygo voz y se me antoja,  
que es tu perfecta voz cualquier ruido.

Y así después que en esta mi congoja  
la mayor parte de la noche vuela,  
me rinde el sueño y mi vigor afloja.

Y por ventura mientras duermo, vela  
mi alma, y tu cruel duermes conmigo,  
sin que te valga toda tu cautela.

En sueños aquí estás, yo estoy contigo,  
vienes aunque rehuyes la venida;  
mira si debo al sueño esto que digo.

Alguna vez estando así dormida,  
me ha parecido verte estar nadando  
cerca de la ribera conocida.

Y que al salir tus brazos alargando,  
aunque húmidos, con ellos me ceñías,  
con arcos tu venida celebrando.

También soñé que el lienzo te ponías,  
que te acostumbro dar, cuando en el hecho  
no hay sueños ni dudosas fantasías.

Sintió regalo el uno y otro pecho  
en sentirse tocar, más esto basta,  
que en fin es sueño y no me da provecho.

Lo demás que soñé, la lengua casta  
es justo que lo calle aunque lo sienta;  
pues la vergüenza en la mujer se engasta.

Con haberlo soñado estoy contenta,  
que en obras dó el amor sus gustos mueve,  
el hecho agrada, y el decillo afrenta.

¡Ay miserables! cuán fingido y breve  
es este gozo que se dá soñado,  
pues tú te ausentas con el sueño leve.

Permita el cielo y el rigor del hado,  
pues que somos tan firmes en amores,  
gocemos de más noble y firme estado.

Y que nuestros contentos y dulzores  
no se queden sin fruto en seca rama,  
o no se vayan quando mucho en flores.

¿Por qué ha de estar en la desierta cama  
viuda tantas noches, sola y fría,  
la que es tu amante, niña, bella y dama?

¿Por qué, pregunto un día y otro día,  
nadador perezoso estás ausente,  
pues sabes que eres luz de la alma mía?

El mar está (confiésolo) insolente,

y para le nadar poco tratable,  
 más el viento de ayer fue mas clemente.

¿Por qué, pues todo estuvo favorable,  
 perdiste la ocasión? ¿Por qué no viste  
 que se puede mudar el mar instable?

Y aunque otra vez te otorgue el golfo triste  
 tan plácido su rostro y tan jocundo,  
 no le ternás mejor que le tuviste.

Pero dirás que el piélago profundo,  
 trocó en muy pocas horas estos bienes,  
 volviéndose de manso en iracundo.

Poco refugio en esta excusa tienes,  
 pues quando venir quieres a este puerto,  
 en menos tiempo, en menos horas vienes.

Pienso que si surgieras aquí en Sesto,  
 nada de quanto escribes te enojara,  
 que aquí nada te puede ser molesto.

Ni a mi ninguna injuria me agraviara  
 de tiempo, que gozando a mi querido,  
 el mismo invierno y tiempo me ayudara.

Entonces ciertamente el estampido  
 de los vientos oyera con sereno  
 rostro, por verte opreso y detenido.

Nunca quisiera ver el vitreo seno,  
 manso, sereno, sesgo y sosegado,  
 apacible, pacífico y ameno.

Pero, ¿por qué ocasión te has demostrado  
 más medroso del mar que quando estabas  
 menos cobarde y más enamorado?

¿Cuál es la causa que estas ondas bravas  
 rezelas, que otro tiempo de animoso,  
 con esfuerzo y valor menospreciabas?

Acuérdomme, nadaste el mar furioso  
 una noche, que estuvo el ronco estrecho,  
 tanto o muy poco menos peligroso.

Quando yo te decía: el fuerte pecho  
 sujeta a la razón; no nades tanto,  
 que la temeridad no trae provecho.

Tanto te atreves, nada y osa, quanto  
 no obligues a esta triste y miserable,  
 a que lo pague con eterno llanto.

¿De adónde el nuevo efeto formidable  
 procede? ¿dónde está tu gran audacia?  
 ¿dó se fue el nadador insuperable?

Más esto recibiendo en trisca y gracia,  
 sé tal cuál eres, no qual ser solías,  
 no venga a sucederte una desgracia.

No hagas indiscretas valentías,  
 las ondas cortarás cuando las veas  
 con más tranquilidad que en estos días.

Y esto con tal que el mismo que antes seas,  
con tal que nos amemos en la vida,  
así como lo escribes y deseas.

Con tal que aquella brasa, que encendida  
de mi amor en tu pecho has sustentado,  
no esté en ceniza helada convertida.

No temo tanto al viento alborotado,  
que mis gustos impide y mi contento,  
quando temo que esté tu amor trocado.

Recelo que tan poco fundamento  
tenga tu amor, que al fin se desvanezca,  
siendo mudable como el mar y el viento.

Temo también que yo no te parezca  
de tanta calidad, de tanta estima,  
que tus peligros y tu amor merezca.

El riesgo temo que la causa oprima,  
y que se juzgue ser menos el fruto,  
que tus trabajos, y esto me lastima.

Demás de estas razones doy tributo  
al miedo, por haber aquí nacido  
en pueblo, en la nobleza poco instruto.

Causa quizá que estés arrepentido,  
juzgando que el casar es indecencia  
dama de Sesto con varón de Abido.

Todas las cosas llevaré en paciencia,  
con tal que estando en ocio, en nueva cama,  
no me atormentes con el mal de ausencia.

Primero que en los brazos de otra dama  
te entregues, y primero que en otro fuego  
consume el fuego que en mi amor te inflama:

Y antes que el celo furibundo y ciego  
me rasgue el corazón con tal herida,  
perezca, rabie yo, muérame luego.

En fin, arrebatado de mi vida,  
primero que tu enorme culpa venga,  
que más quiero ser muerta que ofendida.

No te escribo estas cosas, porque tenga  
indicios del dolor que me es terrible,  
ni aún barrunto qué dama te detenga.

Más temo todo aquello que es posible,  
que ¿quién jamás amó seguramente?  
¿qué amador no temió lo contingible?

También obliga el verte de mi ausente,  
y estar tu pueblo de éste tan distante,  
que yo juzgue por cierto lo aparente.

¡Dichosa aquella dama que a su amante  
tiene en presencia, y con su vista alcanza,  
cuando la ofende, o si su fe es constante!

Con esto no vacila su esperanza,



la cual, como camina a descubierto,  
no inclina a lo que es falso la balanza.

Tanto me ofende a mí lo que es incierto,  
cuanto me engaña el cometido agravio,  
y así dudando en todo, en nada acierto.

¡O si algún Dios eterno, sumo y sabio  
te quisiera traer por mi contento,  
siendo mi amor tu norte y astrolabio!

O a lo menos hiciera que este viento,  
o tu padre la causa urgente fuese  
de este largo y mortal apartamiento.

Porque si dama alguna yo supiese,  
que impide nuestro gusto comenzado,  
no dudes que el dolor me consumiese.

Gran culpa, gran delito, gran pecado  
cometes, si es tu intento de matarme  
con desamor, que es mal desesperado.

Pero ni pecarás en acabarme,  
que satisfecha estoy que este recelo  
en vano ha pretendido atormentarme.

El viento insano y el rigor del cielo,  
de haberte dado ayuda arrepentidos,  
estorban tu viaje y mi consuelo.

¡Ay mísera! qué voces, qué gemidos  
dan las riberas, viendose azotadas  
del mar, que en su contorno dá bramidos!

Las pardas nubes densas y preñadas  
encubren con su toldo el claro día,  
dexando sus bellezas eclipsadas.

Quizá ha venido al mar la madre pía  
de Heles, y llora el agua que ahora llueve,  
en prendas del amor que la tenía.

O su madrastra el piélagos remueve,  
que por le ser su nombre tan odioso  
como su diosa le alborota y mueve.

Siempre este golfo ha sido peligroso  
para mujeres, y la muerte intenta  
al femenino sexo temeroso.

A Heles ahogó con suma afrenta,  
y agora con su espuma y ondas fieras  
me aflige, martiriza y me atormenta.

Más tu, oh Neptuno, con razón debieras,  
tus amores tener en la memoria,  
para que los ajenos no impidieras.

No olvides a Amimone, ni a la historia  
de Tito, perfectísima doncella,  
pues fue en el mundo pública y notoria.

Alcione también que ya es estrella,  
tu dama fue, y la Ninfa procreada  
de Alémone y de Circe por ser bella.

No es falso que en un tiempo ha sido amada  
de tí la sepentígera Medusa,  
cuando era por hermosa celebrada.

Menos es cuento, o fábula confusa,  
que amaste a la troyana Laodicea,  
que cuanto fue más rubia más te excusa.

Celeno que a los cielos hermosea,  
fue tuya y otras muchas que he leído,  
cuyos nombres repito acá en mi idea.

Neptuno, pues si tantas has querido,  
si has hecho tantas veces la experiencia  
del brazo, fuego y arco de Cupido,

¿Por qué es tan poca y corta tu prudencia,  
que estorbes removiendo el turbio centro,  
que venga mi Leandro a mi presencia?

Feroz reprime el animoso encuentro,  
estos túmulos bravos, estas guerras  
retira allá a tu mar, a lo más dentro.

Que esta agua, cuyo paso agora cierras,  
es incapaz de tus conflictos graves,  
pues sólo sirve de apartar dos tierras.

A tí compete deshacer las naves.  
o mostrarte cruel contra las flotas,  
en cuyas proras su furor desbraves.

Que es afrenta decir que te alborotas  
contra un mozo que busca su fortuna,  
cortando el mar sin mástiles y escotas.

Y menor gloria cuando venga alguna,  
que aquí ternás, que si turbado hubieras  
un arroyuelo, un charco, una laguna.

Si la nobleza y sangre consideras  
de este mancebo ilustre cuanto hermoso,  
le vernás a ayudar con muchas veras.

Es noble y su principio generoso,  
ni fué de aquel Ulises derivado,  
a tí y a Troya para siempre odioso.

Aplaca tu semblante alborotado,  
conceda a dos la vida tu tridente  
pues viví yo en el pecho de mi amado.

Que aunque es verdad que el nada solamente  
estas tus ondas, que propicias pido,  
su cuerpo y su esperanza está pendiente.

Demás de esto la luz dio un estallido,  
(que ésta te escribo a su esplendor y llama)  
señal que por felice hemos tenido.

Y echando vino sobre el fuego el ama,  
dixo, mañana tres aquí estaremos,  
aquí verás a quien te quiere y ama.

El terno cumple convirtiendo en remos

los fuertes brazos; cumple tu promesa,  
porque al dicho del ama no faltemos.

¡O tu cuya figura tengo impresa  
dentro del corazón! tu enamorado  
no huyas, de quien tuya se confiesa.

Si al amor sigues, si eres su soldado,  
vuelve a su campo, ablanda el duro pecho,  
que estás de la bandera amotinado.

¿Por qué has de permitir que a mi despecho  
por falta de tu dulce compañía,  
recline el cuerpo en medio de mi lecho?

No tienes que temer, cobra osadía,  
Venus alentaré tu atrevimiento,  
que nunca agrada a amor la cobardía.

Y pues que fue en el mar su nacimiento,  
ella en el mar te allanará el camino,  
y amansará el rencor del sordo viento.

Muchas veces furiosa determino  
pasar el golfo, aunque este mar insano  
se muestra con los hombres más benigno.

¿Por qué pasando Heles y su hermano  
fue más que Frixo Heles desdichada,  
quedando con su nombre el mar ufano?

Si has acaso temor que a la tornada  
será tu esfuerzo y ánimo perdido,  
no pudiendo sufrir carga doblada:

Haremos por tu gusto este partido:  
los dos a un tiempo el golfo nadaremos,  
desde mi Sesto yo, tú desde Abido.

En medio de estas ondas nos veremos,  
y habiéndonos besado y abrazado,  
en paz a nuestras casas volveremos.

Pequeño bien es este que he pintado,  
pero más es que nada; y un tesoro  
¿qué vale si no puede ser gozado?

¡Oxala que este honor, este decoro,  
que nos obliga a amar ocultamente,  
se rindiese al amor de quien adoro!

¡O que el medroso amor hecho valiente,  
despreciase el honor y la prudencia,  
dos fuertes frenos de la noble gente!

Dentro de mi pecho tienen competencia  
dos contrarios que luchan de continuo,  
calor y yelo, amor y reverencia.

No sé qual senda elija, o qué camino;  
si pierdo la vergüenza, es caso feo,  
y si dexo el amor, es desatino.

Una vez que Jasón el Pagaseo  
fué a Colcos, a la Fásida Medea  
llevó en su nave con dichoso empleo.

Y aquel que vino de la playa Idea  
a Esparta de una vez y con presteza  
robó a la dama que a Dardania afea.

Más tu con el vigor y ligereza,  
que el golfo nadas, mi beldad buscando,  
con ese mesmo dexas mi belleza.

Huyendo vás un piélago pasando,  
que es grave de pasar a los navíos,  
con ir ellos a vela, y tú nadando.

Pero ¡o mancebo de invencibles bríos,  
vencedor de las aguas vencedoras,  
despreciador de mares y de ríos!

¿Procurarás en las nocturnas horas,  
tratar al hondo mar con tal desprecio,  
que temas a sus ondas vengadoras?

Si hunde el mar las naves de gran precio,  
si su madera y hierros dexa rotos,  
¿entiendes que eres tú más fuerte y recio?

Nadas un mar que es padre de alborotos,  
y pones en un golfo tus cuidados,  
que ha sido y es temido de pilotos.

Aquí suelen ser despedazados  
navios, bergantines y galeras,  
y miserables cuerpos de ahogados.

¡Ay triste! que te quiero tan de veras,  
que a trueque de mirar tu rostro hermoso,  
holgara que estos miedos no creyeras.

No te vuelva esta epístola medrosa,  
si yo te ruego, pues sabes sello,  
más que mis persuaciones, animoso.

Ven, y en yegando ciñemé este cuello  
con esos brazos, donde yo respiro,  
que a nadie de los dos pesará de ello.

Más quantas veces a las ondas miro,  
de no sé que temor, que quedo helada,  
y con rezelo de mi mal suspiro.

Ni estoy menos confusa y asombrada  
con la visión que anoche ví soñando,  
si puede ser visión la que es soñada.

Aunque a los dioses, luego en despertando,  
vítimas ofrecí como amadora,  
mi sueño y sus agüeros anulando.

Era ya pues el tiempo de la Aurora,  
y centellaba ya para apagarse  
la luz que es tu piloto y protetora.

Quando en los sueños suelen revelarse  
visiones importantes a la vida  
que como ciertas deben estimarse:

Entonces, pues, del sueño convencida,

cayendoseme el huso de la mano,  
me recliné en la cama y fui dormida.

Estando así (no es caso o cuento vano)  
ví que un delfín con ímpetu nadaba,  
el mar, que estaba turbulento y cano.

Neptuno de esta parte le arrojaba,  
por otra el Aquilón le daba pena,  
y todo junto el mar le contrastaba.

Vencieron, y al Delfín sobre la arena  
sacudieron la vida despojando,  
que quien se entrega al mar, él, se condena.

Qualquiera mal o bien que esté encerrado  
en esta mi visión, temo y rezelo  
y tu no burles de esto que he soñado.

Si el mar tranquilo, si propicio el cielo  
no vieres, y a los vientos en prisiones,  
no des al mar tu barco pequeñuelo.

Cuando a tu vida en esto no perdones,  
concedele perdón a tu querida,  
no queriendo ahogar dos corazones.

Bien sabes que en tu vida está mi vida,  
bien sabes que mi bienaventuranza  
de tí me es derivada y procedida.

Grandes señales hay, grande esperanza  
que el piélago que agora está intratable,  
con Bóreas hará paz, y habrá bonanza.

Entonces quando todo esté agradable  
hiende esas ondas en mi amor deshecho,  
y ven donde te goce, mire y hable.

Y en tanto que este mar, a mi despecho,  
vedandote el nadar, de mi te aparta,  
regala el alma y entretiene el pecho  
con los regalos dulces de mi carta.